

Bestia y gigante

Stalin: La Araña Universal

Instinto y Conciencia

Lorenzo León Díez*

Stalin, El Grande

Anselmo Santos

Biografía edhasa

Barcelona

2020

Stalin figurará entre los grandes hombres de la historia de Rusia

Y se ha ganado el título de Stalin el Grande.

Winston Churchill

A finales de los años treinta Stalin expresó que *la próxima guerra será una guerra de máquinas. La ganará quien tenga más y mejores motores en tierra, mar y aire.* Planteaba el Secretario General del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el esfuerzo mayúsculo que impondría a un país con una población (85 por ciento) mayoritariamente agraria y donde más del 70 por ciento por ciento de los hombres y 90 por ciento de las mujeres era analfabeta, convertirse en una de las naciones más industrializadas del planeta y que en cuatro décadas pasaría del arado de madera a la energía nuclear y la conquista espacial.

Anselmo Santos, un ensayista español de formación militar, ha escrito un libro “a contracorriente”, y muy necesario para reconocer la “magnificencia” de un líder que evitó una tragedia inimaginable para la humanidad y que tan exactamente describió un periodista y escritor norteamericano (David Seaton):

En caso de que el Ejército Rojo se hubiera hundido a las primeras de cambio, como ocurrió con los ejércitos francés y británico en Francia, Hitler habría tenido la bomba

atómica antes que Estados Unidos. Ciertamente, Stalin murió sin enemigos, los había matado a todos, pero todos los que estamos vivos le debemos nuestro agradecimiento.

(Cuando Seaton escribió esto faltaban muchos años para saber que su nota no era del todo precisa, pues *que Stalin fue asesinado está hoy fuera de toda duda*, como se especifica al final del presente texto).

Stalin, gran conocedor de la Revolución francesa y la gesta de la Comuna, sentía un desprecio infinito por el pueblo aburguesado que había rendido las armas en cuarenta días sin oponer resistencia a la embestida nazi.

Poco antes de morir, Stalin, el *Vozhd*, el *Josian*, el amo, el patrón, confió a Molotov que el “viento de la historia” se encargaría de dejar libre de “basura” su personalidad y su vida.

Historiografía y ensayo

La derrota militar a Alemania por los Aliados (Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Rusia) constituye el fin de un tejido de eras que va de las lanzas y las flechas pulidas en la caverna y en los recintos tribales, a las explosiones nucleares de Hiroshima y Nagasaki, donde el asesinato masivo y planetario llega a su culmen, pasando desde entonces la humanidad a la guerra imposible o a la inminencia del suicidio de la especie homo.

Para entender el comienzo de la Tercera Guerra Mundial en la que nos encontramos según coinciden cada vez más los pensadores avanzados, debemos observar cómo surgió, se desarrolló y concluyó la Segunda Guerra Mundial, pues la historia militar expresa una antigua coherencia, de la que se ocuparon Engels, Lenin, Trotski y Stalin, ellos mismos como jefes de guerra, de una cadena de reflexión y acción que nos ofrecen valiosas claves para entender el presente.

Stalin, el Grande no es una obra historiográfica, como esencialmente lo son los libros que sobre el tema han publicado, entre otros, Simon Sebag Montefiore, Orlando Figes, Jean-Jacques Marie, Robert Service, Rosemary Sullivan, Antony Beevor y Karl Schlogel, cuyos libros han sido reseñados en *Ciclo Literario* y de *Diseño*. **

Su narrativa está determinada por una deriva que es la del lector que recorre, como un paseante, la numerosísima bibliografía que toca la figura de Stalin, ríos de tinta sobre una vida a la que dos de sus acérrimos enemigos definen así:

Hitler:

Stalin es una de las figuras más extraordinarias de la historia universal. Podemos tener por él una admiración sin reservas. Realmente es inteligente. Conoce admirablemente a sus maestros, empezando por Gengis Khan. Es mitad bestia, mitad gigante. Hay que admitir que Stalin ha elevado el nivel de vida de su patria. El pueblo ruso no padece hambre.

Mussolini:

Rusia es la verdadera vencedora de la guerra, y Stalin el más grande hombre vivo.

La obra de Santos no es una obra anotada con el rigor que exige la ciencia historiográfica, pues el autor no está realizando una investigación documental y en archivos, como lo hace un historiador. El está leyendo la gran materialidad editorial que sobre Stalin existe, admirado por un “pueblo apasionante” o, como dirá mucho más tarde Svletana Alexevich: “Un pueblo santo y un gobierno criminal”.

Stalin dirigió acciones coordinadas en el territorio más vasto de la tierra que sorprenden a quien las conoce y las estudia.

Los analistas militares consideran el desalojo de la mayor parte de las industrias (Ucrania, el Volga y la región de Moscú) a miles de kilómetros (Kazajistán. Los Urales y Siberia) -operación que exigió millón y medio de vagones y la evacuación de 17 millones de personas en cuatro meses- como una de las operaciones logísticas más perfectamente planeada y ejecutada de la historia de las guerras.

El esfuerzo de Stalin, en un país industrialmente atrasado, para dotar a sus ejércitos de armas modernas en número ilimitado fue una proeza sin parangón en la historia.

Solo Magnitogorsk, una de las mayores acerías del mundo, suministró material, a lo largo de la guerra, para la fabricación de 50 mil tanques.

*Con sus recursos inagotables, su capacidad para proporcionar sin cesar nuevas tropas y nuevas armas, los soviéticos fueron **un misterio para la nación alemana.***

Stalin logra despertar el fervor de las masas transmitiendo a la mayoría de la población su propio paroxismo del esfuerzo, la esperanza de una vida mejor, la aspiración a crear un país poderoso, el sueño de que nada es imposible.

Se trata de un movimiento de grandes masas que se expresan en diversas lenguas y que abarcan extensiones de miles de kilómetros cuadrados, donde *Todo era insoportable y magnífico*, según lo definió el poeta Ehrenburg, de gran popularidad y que sería ejecutado en esa “purificación”, como la llamó el Vozhd, de las purgas donde se encarceló y asesinó a más de 800 mil miembros del Partido, por “crímenes contrarrevolucionarios” (entre ellos *unos 20 mil presos trotskistas que cumplían condena y más de la mitad de los dos mil delegados al XVII Congreso del Partido -llamado de los “vencedores”, celebrado en 1934*)

Simultáneamente a este baño de sangre y los miles de apresados y esclavizados en los Gulag, florecía la expresión artística y las organizaciones educativas entre las masas, que permitieron al Vozhd, *a mediados de julio de 1941, apenas tres semanas después del ataque alemán, enviar a veinte grupos de excelentes cineastas a filmar en primera línea de combate.*

Proclama y estilo

Stalin era un experimentado propagandista desde la fundación del partido bolchevique. Fue organizador de imprentas y creación de redacciones periodísticas. Su escritura entre ese océano de publicaciones y documentos que quedan en el museo de la Revolución Rusa, es distinguible para los expertos. *Sus proclamas y órdenes del día al Ejército Rojo como las*

dirigidas a toda la población -nunca improvisadas, siempre escritas por él- son lacónicas, emotivas e inteligibles:

“Si fuesen heridos, finjase muertos. Esperen hasta que los alemanes estén cerca; después escojan uno y mátenlo. Mátenlo a tiro, a bayoneta, a navaja. Rásguenle la garganta con los dientes”. (Durante los cuatro años de guerra Stalin emitió casi 400 órdenes del día, dos o tres por semana).

Stalin decía que *“si un hombre no puede expresar claramente lo que piensa, eso significa que su pensamiento es asistemático. ¿Cómo se puede esperar que haga las cosas bien en su trabajo?”.*

Sus tres emotivos discursos a la nación en 1941 en el primer semestre de la guerra, son verdaderas obras de arte y tuvieron gran repercusión.

Roosevelt envió un representante personal a hablar con Stalin ya en plena invasión alemana. Herry Hopkins lo describe así: *“ No había en él amaneramiento alguno, ni decía una palabra superflua. Las cuestiones que planteaba eran claras, concisas, directas. Y sus respuestas, prontas, inequívocas, como si el hombre las hubiera tenido listas durante años. Era como hablar con una máquina perfectamente coordinada, una máquina inteligente. Su sonrisa es fría pero amistosa, adusta pero cálida. Ríe a menudo, pero es una risa corta, algo sardónica.”*

Y otro amigo del presidente norteamericano, (Averell Harriman) opinó que *“me pareció mejor informado que Roosevelt, más realista que Churchill, en algunos aspectos el más eficaz de los líderes de la guerra”.*

La tradición de la crueldad

Es preciso tener en cuenta al recorrer las páginas de Santos, que actualmente en Rusia actual *“la popularidad de Stalin crece como espuma”.* Alrededor de 2002, el centro de estudios internacionales ISOMAR realizó una encuesta en 40 regiones de Rusia sobre el papel de Stalin en la historia del país. *El 77 por ciento de los encuestados lo consideraron positivo, el 15 por ciento no se pronunciaron y solo un 8 por ciento lo juzgaron negativo.*

Ciertamente no se descarta en la memoria colectiva que Stalin está asociado a una guerra interna declarada como la supresión de los contrarrevolucionarios y troskistas, contra los opositores, sean manifiestos o potenciales, según la visión del *Vozhd*, que se sabe, siente y actúa como heredero de las grandes figuras fundadoras de la identidad nacional eslava: Iván El terrible, Pedro el Grande y Catalina la Grande.

Teniendo como fondo de su reflexión a los personajes fundacionales que Stalin admira, Santos escribe : *Si Pedro el Grande logró “crispar” a sus vasallos por la violencia, Stalin, tan cruel e implacable como él, consiguió, en cambio, transmitir a la gran masa de la población su propio paroxismo del esfuerzo, su portentosa voluntad transformadora, a la vez que sigue al pie de la letra el consejo de su admirado Iván el Terrible: hay que sepultar a los enemigos para que no molesten en el futuro.* Stalin lo dirá así: *No hay*

hombre, no hay problema. Y comenta Santos con ironía: Bien podría aplicarse a Stalin el apodo del sanguinario rey francés (Luis XI): La Araña Universal, a la que él mismo Vozhd se refiere en su conversación con los cineastas (Eisenstein y Cherkásov), a quienes encargó una película sobre Iván el Terrible, a quien llamó “el poeta de la idea del Estado”, de “demoniaca grandeza”. Ellos escribieron su testimonio de esta conversación.

-¿Han estudiado ustedes historia?

-Más o menos -contestó Eisenstein.

-¿Más o menos? También yo conozco un poco de historia. Ustedes interpretan de manera incorrecta la opríchnina, que era el ejército real. En lugar del ejército feudal, que en cualquier momento podía plegar sus banderas y abandonar el campo de batalla, se había formado un ejército regular, un ejército progresista. Y ustedes presentan a la opríchnina como si fuera el Ku Klux Klan. En su película -continuo Stalin- el zar se muestra indeciso, parecido a Hamlet. Todos le dicen lo que tiene que hacer, y él mismo no toma decisión alguna. El zar Iván fue un gobernador célebre y sabio. Si lo comparamos con Luis XI, que, como habrán leído, despejó el camino para el absolutismo del Luis XIV, Iván el Terrible estaría en el décimo cielo. Iván el Terrible fue muy cruel. Y se puede mostrar que él, en efecto, fue cruel pero también hay que mostrar por qué tenía forzosamente que ser cruel. Uno de sus errores fue que no liquidó del todo a cinco grandes familias feudales. Si las hubiera exterminado hasta el fin, no habría llegado la época de los disturbios.

Ciertamente poner el acento en la crueldad de Stalin (esa combinación de bestia y gigante, de conciencia e instinto) e ignorar o tergiversar la dimensión humanística de su obra, es parte de la “basura” que ha durado 70 años sobre su imagen, si los contamos desde el año de su muerte (1953).

La crueldad ha sido el rasgo distintivo del poder (de cualquier época y sistema). Al respecto, el historiador Orlando Figes, al explicar cómo se concebían a sí mismos los gobiernos de los dos últimos zares (Alejandro III y Nicolás), señala que sostenían que *la autocracia religiosa era lo único que encajaba en el espíritu nacional ruso, que un autócrata de carácter divino era necesario para reprimir los instintos anárquicos del pueblo ruso. Bertrand Russell señaló que, por terrible que fuera el despotismo bolchevique, parecía la clase correcta de gobierno para Rusia: “Si se pregunta cómo habría que gobernar a los personajes de Dostoyevsky, lo comprenderá”, le dijo a una amiga (lady Ottoline Morell).*

Arte y espías

Al mismo tiempo que Stalin dirigía toda la operación de espionaje y seguridad policiaca, *enseña al pueblo a amar el ballet como hizo con la música clásica y el teatro. Esto, a la vez que impulsa la creación de centenares de escuelas militares, donde se estudiaba la guerra del futuro.*

Los servicios secretos del Ejército Rojo -creados por Trotski durante la guerra civil- Stalin los llevó a un grado de perfección inusitada con su extrema prudencia y cruel realismo. La

red alemana de espionaje funciona sin descanso durante los primeros meses de la guerra. Moscú recibe un flujo continuo de información: Stalin tiene ante su mesa antes de ser construido, los planos del nuevo tanque alemán, Tigre T-6.

En 1942 Hitler expresó: “Los bolcheviques nos superan en un solo dominio: el espionaje”.

Stalin no solo estaba informado de los tipos de aviones fabricados en Alemania, Francia y Gran Bretaña, de sus motores y de su armamento, sino que hablaba de sus características técnicas como un verdadero experto. En poco más de un año, consigue construir tal número de aviones modernos que en la batalla de Kursk (julio de 1943) la superioridad soviética es aplastante. El ejército soviético destruye las mejores fuerzas acorazadas del adversario, las únicas capaces de emprender todavía operaciones ofensivas.

Los pilotos soviéticos atacan heroicamente, derrochando coraje, a los cazas alemanes, cuya superioridad es aplastante. Practican, como si fuera un juego de niños, el tarán, el temible espionazo, maniobra suicida que aterroriza a los nazis: rasgan con su propia hélice, o con un ala, la cola del avión adversario, que inmediatamente se desploma; y se las arreglan para volver a tierra con su maltrecho aparato.

Los tanques son, como está bien establecido, el arma de tierra que permite las ofensivas más letales. Entre los dirigentes nazis solo Goebbels -por lo escrito en su diario- presentía la catástrofe: le parecía un milagro la presencia masiva de nuevos tanques soviéticos, “como si un gran mago los modelase en cualquier cantidad con barro de los Urales”.

A finales de 1943, los carros soviéticos, pese a las enormes pérdidas en combate, triplicaban los que Alemania tenía en el frente ruso: 8 mil frente a 2 300. Y seguidamente apareció el “Iósif Stalin”, el tanque pesado IS-2, llamado por los alemanes el “Tigre ruso”.

Estratega y crítico de arte

Los ingenieros saben que Stalin es un verdadero experto en maquinaria militar (especialmente en la aviación) y, por su parte, los grandes compositores (Glazunov, Jachaturian, Prokófiev, Shostakóvich) saben que este es un verdadero entendido, capaz de descubrir el más oculto “mensaje” encerrado en un movimiento. No sabe composición, por supuesto, pero es un crítico musical de primer orden. En el teatro de Moscú, encima de la orquesta, oculto tras una gruesa cortina blindada, sus aplausos se oyen claramente, pero los espectadores ni siquiera se atreven a girar la cabeza hacia el palco.

Stalin es el único censor del arte soviético -en la literatura, el teatro, el cine, la música, la pintura-: intervenía directamente en la elección de argumentos, revisaba los guiones, sugería cambios, alteraba títulos, supervisaba la música, el vestuario, las canciones; hablaba con actores, guionistas, directores y no escatimaba recursos para la compra en el extranjero de la última tecnología.

En una ciudad donde el metro ya transportaba un millón de pasajeros al día con treinta trenes por hora en cada sentido, inaugura una estación con 72 gigantescas esculturas de

bronce dedicadas al pueblo soviético: campesinos, obreros, técnicos, soldados, estudiantes, deportistas. La estación más representativa de lo que se ha llamado estilo imperio de Stalin. Son espacios nodales en la lucha militar, pues en cuanto se recibía el aviso de un ataque aéreo, los trenes se detenían en la estación más próxima, y los pasajeros se refugiaban en los túneles, que estaban bien iluminados y disponían de agua potable. Inválidos, niños y ancianos permanecían en los vagones, bien atendidos por personal sanitario.

Del realismo socialista

Los historiadores y críticos más sagaces han logrado establecer el parentesco entre realismo socialista y el arte ritual y sacro del pasado, la correlación entre el mensaje estalinista, el Antiguo Testamento y las prácticas mágicas ancestrales. La función hipnotizadora, provocadora del amor colectivo, del mito del dios Stalin.

*Por mala fe, por ignorancia, o por ambas cosas a la vez, el realismo socialista ha sido denigrado por la crítica occidental a lo largo de medio siglo. Pero podemos ya leer obras de crítica histórica y estética nodales que dimensionan el “arte total” creado por los artistas rusos. Dos autores han descrito la dimensión que encierra este término: Karl Schlogel en *Terror y Utopía* mediante un procedimiento que llama “ejes de visión” describe la naturaleza de un movimiento estético en Moscú (1937) que incluye a la totalidad de las artes: urbanas, arquitectónicas, literarias, plásticas, cinematográficas, teatrales...en simultáneo con una avalancha de crímenes.*

*Y está la obra de Brian Moynahan, quien en su impresionante libro *Leningrado. Asedio y sinfonía*, narra el impacto de la música, especialmente la obra de , *Shostakóvich*, en la tragedia de esta ciudad que sufrió como ninguna en la Segunda Guerra Mundial. Próximamente comentaremos el estudio de Boris Groys (*Obra de arte total. Stalin*).*

Arte y guerra

Las acciones culturales del pueblo ruso son tan vastas como las acciones industriales y la organización militar. En 1914 Rusia cuenta tan solo con 200 teatros, en 1921, un año después de su llegada a Moscú, pasan de seis mil y existen en las ciudades y aldeas de la Unión Soviética más de 20 mil grupos teatrales. Esa política cultural despierta en el pueblo una pasión por la escena que no tiene parangón con Occidente. A mediados de los años treinta existían en la Unión Soviética mas de 130 mil círculos de aficionados a la danza popular.

Stalin es un hombre antiguo, desconfía de todo lo nuevo e impone lo clásico en las artes. En menos de una década, pese a la penuria y la terrible tragedia de la guerra civil, millones de hombres en la miseria descubren la música clásica y se apasionan por ella.

Stalin sabía perfectamente lo que quería: educar estéticamente al pueblo conforme a los ideales revolucionarios.

Stalin era un gran lector, *muchos de sus libros llevaban el sello de la biblioteca Lenin, a la que Stalin pedía unos quinientos libros al año, devolvía la mayor parte y se quedaba con los que le interesaban, dado por hecho que la biblioteca no tendría dificultad en reponerlos.*

Este fervor de la lectura del *Vozhd* tenía resonancia en el pueblo ruso, los autores que difundía la gran maquinaria editorial eran grandes artistas, como Vladimir Maiakovski (1893-1930), de quien *desde 1920 hasta la muerte de Stalin se vendieron, solo en la Unión Soviética, 23 millones de ejemplares de sus obras, en ruso y otras cincuenta lenguas del país. Se editaron cientos de miles de ejemplares del Quijote en las quince lenguas oficiales.*

Libros de *Jack London, Dickens, Shakespeare, Tagore* y otros tantos, aparecían en todas las lenguas de la URSS, y en impecables traducciones.

En 1917 había en Rusia 14 mil bibliotecas; a la muerte de Stalin, 300 mil.

Stalin adoraba la poesía. Poeta él mismo en su juventud, lector de versos toda su vida, sabía distinguir perfectamente lo sublime de lo mediocre. Envidiaba a quien tenía por genios y lo admitía: “Los dioses están fuera de mi alcance”.

En 1932 se definió la política del Partido en relación con la literatura, *son la creación de la Unión de Escritores, Stalin lograba su objetivo: sometió casi por entero a sus dictados a quienes él mismo calificaba “ingenieros del alma humana”.*

Las acciones represivas en este campo, así como las promociones de autores fieles al régimen, fueron muchas. *Todas las obras de Bulgákov fueron prohibidas a mediados de 1929. Pasternak fue obligado a renunciar al Nobel “en razón del significado atribuido a ese galardón por la sociedad en que vive”. Pasternak cayó enfermo y murió poco después.*

La maquinaria bélica y la maquinaria periodística literaria -cinematográfica, teatral y musical, escultórica y dancística- marchan en sintonía. Esta el caso sublime de Anna Ajmátova a quien Stalin definió como *“una semimonja, semiputa, o mejor dicho una monja prostituta cuyos pecados se mezclan con las plegarias”.* A través de la prensa y la radio, *sus versos llegaban a los frentes, a las fábricas, a todos los hogares de la Gran Tierra, el territorio libre de nazis.*

Los autores cuidaban celosamente los criterios del *Vohz*, quien *odiaba los chistes obscenos y las escenas eróticas en las novelas, películas y obras de teatro. Pues el arte y la pintura en particular, fue utilizado como un arma de propaganda. Aunque Lenin, según propia confesión, no entendía mucho de arte, Stalin compartía su opinión de que, para los bolcheviques, el teatro y el cine, sobre todo este, eran las artes más importantes por su valor propagandístico.*

En efecto, *el teatro era el periódico hablado y dramatizado del pueblo. Circulaban decenas de revistas de teatro (solo entre Moscú y Petrogrado, más 40). Y todos los actores, por modesto que sea su papel, son excelentes, aun sin saber una palabra de ruso. La afición al teatro pervive de tal forma que muchos chiquillos lo prefieren al circo.*

Es interesante la anécdota narrada por Santos, respecto al ballet Bolshoi, que Lenin mandó clausurar del presupuesto, pues *tenía al ballet por una cosa del pasado destinada a una minoría privilegiada. “Pura cultura para señores”*. Sin embargo, *Stalin y Lunacharski, Comisario de Cultura, convencieron a Lenin de la importancia de preservar el Bolshoi.*

La función de la voluntad y la pasión en la génesis de la estética estalinista se ilustra en la idea de Stalin de *rehacer realísticamente El lago de los cisnes y otros ballets idealistas que encantó, por sorprendente que parezca, a coreógrafos, compositores y artistas.*

Estado y violencia

La continuidad de una vena de lo terrible signa el caudal que significa la civilización eslava, la “Santa Rusia” (Sviataia Rus), es un arco luminoso y sangriento que se tiende entre Iván el Terrible y Stalin, y pasa, por supuesto, por Lenin, esa torre -diría Stalin de él- a cuyo lado “nosotros apenas somos su dedo meñique”.

Lenin escribió: “*La dictadura del proletariado es el poder absoluto basado en la violencia*” cita que trae al cuento frecuentemente Stalin, quien lo parafrasea así: “*La coacción es la partera de la Revolución*”, y se referirá a Robespierre como “místico inútil”.

Stalin no perdonaba a sus opositores, como a Bujarin, quien dijo que el poder bolchevique era “*la explotación militar-feudal del campesinado*”. Fue de los primeros ejecutados.

¿Cómo modernizar rápidamente la agricultura -sustituir el arado de madera por la máquina, eliminar los arcaicos minifundios, liberar la mano de obra necesaria para los planes industriales? Era imprescindible la educación de los esclavos. Sin conocimientos básicos ¿cómo lograr que en un par de años, millares y millares de tractoristas, mecánicos, agrónomos, técnicos de todo tipo apareciesen en el campo? Estamos hablando de que cuando cayó el zarismo Rusia era un país predominantemente agrario en el que el 70 por ciento de los hombres y 90 por ciento de las mujeres no sabían leer ni escribir: en vez de firmar trazaban una cruz.

25 millones de parcelas individuales se transformaron en 200 mil explotaciones agrícolas (koljós o sovjós), granjas colectivas que tenían su propia escuela.

La proclamación de Stalin de “*socialismo en un solo país*” es una auténtica aberración para cuantos creen, con Trotski a la cabeza, que el deber de todo bolchevique es “*la revolución permanente*”. Finalmente el leninismo tiene estas dos ramificaciones, pues la primera declaración de Lenin al llegar a la estación Finlandia para encabezar la revolución soviética es “*la revolución mundial*”.

La consolidación del poder bolchevique una vez que sus ejércitos rojos han vencido militarmente al prisma nacional e internacional de ejércitos (el Blanco, el Negro de Ucrania de Néstor Majnó, y los batallones de 14 países invasores), guerra civil que costo siete millones de muertos, el aparato estatal y los sindicatos aglutinan a cerca *de dos millones de personas, frente a 30 o 40 mil funcionarios del partido.*

Stalin liquida en 1938 a la cúpula militar por la misma razón que a sus opositores civiles víctimas de las purgas; no por lo que han hecho, sino por lo que pueden hacer. Está convencido de que, sea cual sea la opción que elija -pacto con Francia y Gran Bretaña, pacto con Alemania-, la guerra es inevitable y de que, a los primeros reveses, sus enemigos en el Ejército Rojo, mayoritariamente trotskista, darán un golpe de Estado para eliminarle.

Al comienzo de la guerra, -nos ilustra por su parte otro autor (Brian Moynahan)- todos los militares que estaban al mando de alguna región militar, fueron fusilados o desaparecieron en el plazo de un año. A eso hay que sumarle 57 de los 85 comandantes de cuerpos del Ejército. Desapareció más e la mitad de los 406 comandantes de brigada. Los Estados Mayores de las regiones, y de los ejércitos, de los cuerpos y de las divisiones fueron objeto de una “limpieza”. El comandante de la Artillería Roja, que tradicionalmente era el arma más prestigiosa de Rusia, fue fusilado. Tan solo sobrevivieron cinco de los ochenta miembros de los más altos escalafones militares.

Stalin y Augusto

Anselmo Santos resalta un rasgo esclarecedor de un antecedente de Stalin: Augusto, el fundador del imperio romano, con quien el Vozhd se identifica plenamente: pasa de un centenar sus libros sobre el emperador en su biblioteca, subrayados aquí y allá por los dos colores que utilizaba Stalin en sus apuntes: rojo y azul.

Augusto y Stalin transforman de arriba abajo el Estado y la sociedad; crean, como instrumentos de su poder, eficaces máquinas burocráticas, servicios de seguridad excepcionales y potentes ejércitos; despiertan la conciencia nacional obligando a proclamar ese objetivo a poetas y demás creadores de su tiempo; siguen una política imperialista sin contemplaciones, como padres de la Patria, se envuelven en un halo religioso y obtienen la lealtad y la fe ciega de sus pueblos. Y ambos enmascaran sus largas dictaduras personales, con la ficción republicana.

Qué equivocado estaba Trotski (pésimo en la acción política, lúcido siempre en el análisis) cuando se refería despectivamente a Stalin como “la mayor mediocridad del partido” -a la vez Stalin decía de él que “había demostrado ser de magnífica inutilidad”. Ambas personalidades encarnan un leninismo de contradicciones irreconciliables. Trotski es de carácter inestable: pasa súbitamente de la acción compulsiva a la indolencia, y cae en esta, de modo inexplicable, en los momentos más críticos.

Augusto y Stalin, en cambio, tienen los nervios de acero incluso en la senectud.

La muerte del Vozhd

Stalin, a lo contrario que afirmó el periodista Seaton, no murió sin enemigos, sino fue asesinado por uno de ellos: Lavrenti Beria, responsable de la policía y los servicios secretos desde 1938, quien comandaba unas bien disciplinadas huestes que superaban el millón de personas.

Santos narra que Beria, coludido con Guéorgi Malenkov, quien desde 1934 ocupaba *el servicio personal del Comité Central* y que desde 1941 actuaba de hecho, como primer secretario en sustitución de Stalin, enfrascado en la guerra, urdieron la muerte de su jefe. Ambos aspiraban a la sucesión y, de momento, eran cómplices.

Stalin comprendió que había perdido el control del aparato del Partido y de los órganos de seguridad, y que Beria y Malenkov le gobernaban; decidió entonces acabar con ellos.

Sin embargo ellos se le adelantaron, conscientes de que nunca estarían seguros mientras Stalin viviera decidieron acabar con él.

Según todos los indicios, el derrame cerebral que acabo con la vida de Stalin no fue accidental sino provocado. Se sospecha que Stalin recibió una dosis brutal del anticoagulante que tomaba, suministrado por una joven cardióloga que se ganó su confianza y que pertenecía, sin duda, a las huerstes de Beria, y este no ocultó el crimen, incluso se jactaba que había sido obra suya.

El 1 de mayo de 1953 -dos meses después de la muerte de Stalin-, los líderes presenciaban desde lo alto del Mausoleo la habitual procesión festiva del Día del Trabajo, Beria se acercó a Molotov y le dijo al oído: “Soy yo quien le ha eliminado. Os he salvado a todos”.

Los investigadores de la revolución de 1917 y la *civilización estalinista* (Karl Schlogel), término ya aceptado por la academia, han encontrado en la lectura vastísima de Stalin, según lo muestran los apuntes y subrayados en los libros de su biblioteca, una ruta que indica la naturaleza profunda de su pensamiento. Uno de ellos, enigmático y quizá el que más se acerca a su visión filosófica, es una frase de Nietzsche: “*Satán es la levadura del universo*”.

*Académico del Centro de EcoAlfabetización y Diálogo de Saberes. Universidad Veracruzana.

** *Llamadme Stalin*. Simon Sebag Montefiore. Crítica. 2010. *La corte del zar rojo*. Simon Sebag Montefiore. Crítica. 2017. *Los Románov*. Simon Sebag Montefiore. 2017. *Una palabra tuya...* Orlando Figes. Edhasa. 2015. *El baile de Natacha*. Orlando Figes. Edhasa. 2010. *Trotsky. Revolucionario sin fronteras*. Jean-Jacques Marie. Fondo de Cultura Económica. 2014. *Lenin. Una Biografía*. Robert Service. Siglo XXI España. 2017. *La hija de Stalin*. Rosemary Sullivan. Debate. 2016. *Rusia*. Antony Beevor. Crítica. 2022. *Terror y Utopía*. Karl Schlogel. Acantilado. 2014. *Leningrado. Asedio y sinfonía*. Brian Moynahan. Galaxia Gutenberg. 2015.

